

# Género y ciencia: de la construcción del conocimiento a los aspectos profesionales

*Gender and science: from the building of knowledge to the professional aspects*

María Jesús Santesmases

La segunda sesión del Congreso Mujeres y hombres: salud, ciencia y tecnología estuvo dedicada al papel del género en las ciencias experimentales. La autora fue la moderadora de la mesa redonda que con el título de «Género y ciencia: de la construcción del conocimiento a los aspectos profesionales» reunió a Ana Sánchez, Mercè Piqueras, Flora de Pablo y Rolf Tarrach, cuyas contribuciones pueden también en este número de la revista.

The second session of the Conference Women and men: health, science and technology was devoted to the role of gender in experimental sciences. The author was the moderator of the round table entitled «Gender and science: from the knowledge construction to professional aspects» which brought together Ana Sánchez, Mercè Piqueras, Flora de Pablo and Rolf Tarrach, whose contributions can be read too in the last number of this journal.

Determinar el papel del género en las ciencias experimentales significa, por un lado, estudiar qué papel ejercen las mujeres en la comunidad científica y el muy limitado reconocimiento que históricamente han obtenido en comparación con sus colegas hombres, y, por otro, analizar el asunto esencial de la mirada masculina al mundo natural y a la experimentación como fuente de prejuicios de género en la producción de conocimiento. En ocasiones, se asume, desafortunadamente, que las diferencias sexuales podrían justificar –o justifican– valoraciones sociales de ellas y consecuencias culturales (eso suele considerarse el *género*). Ambos aspectos, las discriminaciones que habitualmente sufren las mujeres en una sociedad jerarquizada por sexos y las versiones científicas que se dan sobre muchos aspectos de la naturaleza ligadas a visiones de género, fueron tratados en la mesa redonda sobre «Género y ciencia: de la construcción del conocimiento a los aspectos profesionales».

En la historia de la ciencia, la presencia de las mujeres ha permanecido sistemáticamente oculta no sólo por parte de las comunidades científicas de cada lugar y cada período concretos, sino también por las sucesivas historias que fueron construyéndose. Sólo a partir de los años setenta se evidencia esa ocultación, ligada al resurgimiento del movimiento feminista y a la emergencia del ecologista. Estos denominados *nuevos movimientos sociales* han contribuido tanto a cuestionar la supuesta neutralidad de la ciencia como a poner sobre la mesa las discriminaciones de las mujeres en la vida profesional académica (en la investigación y en la docencia universitaria).

Hoy nos encontramos en una situación problemática. Una vez puesta de manifiesto la discriminación por sexo (tanto actual como histórica) en la carrera científica, y los prejuicios de una buena parte del conocimiento que habitualmente se difunde como objetivo prevalece la idea de que el acceso de las mujeres a los puestos de máximo reconocimiento (cátedras universitarias y profesoras del investigación del CSIC, por ejemplo) es una cuestión de tiempo –esperar a que las generaciones hoy numerosas de alumnas universitarias accedan al mundo laboral– y que ello contribuirá a modificar una visión masculina del mundo. Sin embargo, eso está en desacuerdo con las estadísticas disponibles: hace décadas que las mujeres están en las universidades como estudiantes y permanecen aún en el segundo plano del protagonismo académico y profesional. Por otro lado, el cuestionamiento de la objetividad de las ciencias complica extraordinariamente la toma de decisiones: qué proyectos financiar, a qué investigadoras promover, qué políticas ambientales y sanitarias, por ejemplo, apoyar; sobre cuáles informar en los medios de comunicación, etc.

La sesión contribuyó con éxito, gracias al interés de las presentaciones de Eulalia Pérez Sedeño, Ana Sánchez, Flora de Pablo, Mercè Piqueras y Rolf Tarrach que se incluyen en este número de *QUARK*, tanto a mostrar los problemas como algunas de las formas en que se reacciona ante ellos.

La mesa redonda estuvo dedicada a tratar algunos aspectos del tema «las mujeres y las ciencias». Pluralizo, en esta ocasión, porque hay muchas mujeres y ninguna se sentirá representada por cualquiera de nosotras en particular, por mucha que fuera su autoridad científica, y sí creo que existe una identificación colectiva, puesto que se dan circunstancias y problemas que podemos compartir. Pluralizo también en el caso de las ciencias por una razón parecida. Ninguna ciencia es la ciencia por excelencia; hoy por hoy tomamos a las ciencias como un conjunto muy variado de saberes que vienen acompañados de contrastaciones empíricas, estén éstas mediadas o no por teorías de formulación previa a la experimentación. Se trata, pues, de interpretaciones sobre el funcionamiento del mundo, natural o artificial –la distinción ya se hizo borrosa–, y de un colectivo agrupado por su sexo. Se trata, al dar un paso más, de cruzar los problemas de las mujeres en el trabajo científico (académico, docente, investigador) con la producción misma de conocimiento.

Los problemas históricos de las mujeres y su permanente ocultación tras figuras de héroes reconocidos por los premios y los relatos épicos de una buena parte de la tradición científica se exponen en el artículo de Eulalia Pérez Sedeño (véase la página XX). El tema es tan importante, ha merecido y sigue mereciendo tantos estudios, que no podremos tratar aquí todos ellos. Se pretende, sin embargo, plantear algunos de ellos y aprovechar la ocasión que nos ofreció el Ayuntamiento de Barcelona de discutir, de pensar en voz alta sobre un problema social que en el mundo académico se manifiesta también y que es el de la discriminación por sexo, por un lado, y las formas en las que la ocultación de las mujeres ha producido y produce teorías y formulaciones consideradas científicas, y que parecen estar mediadas por prejuicios de género.

La distinción entre sexo y género está clara, creo, y no quiero pensar que estemos llegando a un punto en el que no se quiera hablar de sexos y estemos abusando del término *género*. La sociedad en la que vivimos está jerarquizada por sexos, uno de los dos sexos suele lograr, como colectivo sexuado, más reconocimiento y poder que el otro, también sexuado. El fenómeno cultural y social que hace de ello un motivo con el que justificar las diferencias de reconocimiento e influencia académica entre mujeres y hombres es el que inventa el género. Así parece que se ha llegado a denominar *de género* a los *acuerdos* sociales que toman el sexo de una persona como característica esencial. Quizás estemos a tiempo de volver a los sexos, y olvidar durante un segundo el género, si es que hablamos de personas y no de objetos. Pero no podemos: las jerarquías nos devuelven una y otra vez al sexo como problema, y por tanto tenemos una sociedad de género, es decir, compuesta por dos sexos, y en la cual detenta la autoridad, en términos generales, uno de ellos.

Por eso nos reunimos. Para compartir puntos de vista sobre las formas sociales que han tomado y toman las diferencias de sexo en las ciencias. La actividad profesional se ha considerado históricamente masculina, la Revolución Industrial contribuyó a la reclusión de las mujeres en el hogar y a los hombres en la cadena fabril, y se distribuyó la generación de afectos en los vínculos familiares. Las mujeres han sido *transparentes* (un eufemismo acuñado que se refiere a su ausencia) en las propuestas sobre la historia de la especie humana, sobre los orígenes de la agricultura, sobre los conceptos de neutralidad y objetividad, sobre biología celular, sobre arqueología, sobre los nombres asignados a las especies. La propia autoridad científica no es neutral; más bien, lo que los estudios reflejan es que esa autoridad científica se ha atribuido y ha beneficiado a los hombres más que a las mujeres.

Una de las características de estos tiempos es la centralidad de las ciencias en el desarrollo de todos los ámbitos de la vida social, política y económica. Este mundo de innovaciones incluye una que puede contribuir a comprender mejor cómo se produce

conocimiento y cómo se genera autoridad. Esa perspectiva de inclusión de las mujeres, inclusión efectiva en el mundo laboral, de acceso a puestos, de participación en la toma de decisiones, de exploración sobre lo que los valores clasificados como masculinos y como femeninos están aportando y podrían aportar a las ciencias y a las técnicas, lo que se ha denominado *perspectiva feminista*, podría bien ser considerada una innovación más a introducir en nuestro sistema de producción de saberes. Y quizá el término *género* pueda estar contribuyendo a ocultar no ya al sexo femenino sino al propio feminismo, que constituye hoy una propuesta de análisis que aporta desde hace varias décadas estudios e informaciones que enriquecen los estudios sobre las ciencias y sobre las políticas científicas y tecnológicas.

En un mundo articulado alrededor de las ciencias, en el que su supuesta neutralidad y aparente objetividad legitima decisiones políticas que afectan a la ciudadanía completa, la discusión como la que se propuso en esta sesión sobre el papel que las mujeres desempeñan y podrían desempeñar, creo que contribuye a un mayor entendimiento sobre los mecanismos que rigen en el mundo de las ciencias, por el que se validan los saberes y éstos se hacen públicos.

Tanto en los diversos artículos recogidos en este *QUARK*, como en las sesiones del Congreso, resulta evidente la distorsión de la historia, de qué forma la institucionalización de las ciencias alejó a las mujeres de los templos del saber, relegadas al hogar y acusadas de insensatas cuando trataron de participar en la producción de conocimiento. Según expone Eulalia Pérez Sedeño, a mayor prestigio de la actividad científica e investigadora, más dificultades han surgido para el acceso de las mujeres a ella.

Ana Sánchez, por su parte, presentó su interés por integrar el pensamiento complejo a la perspectiva feminista. Puede sugerirse la conveniencia de promover el fin de las dicotomías tradicionales –entre ellas la de masculino *versus* femenino– que tantos valores han dado por sentados en las ciencias y en la vida profesional y social. Los datos y las estadísticas sobre el caso de la reproducción asistida muestran las trampas retóricas del lenguaje y de su puesta en escena pública y sugieren también la conveniencia de que la comunidad científica experimental sepa más de epistemología y que especialistas en filosofía sepan más de ciencias experimentales. Lo que, en su artículo, Mercè Piqueras denomina «epidemiología de los sexos» también refuerza los datos presentados por Flora de Pablo, el «efecto tijera», por el que hay menos mujeres cuando más se asciende en la escala de reconocimiento académico y profesional. Las asociaciones de mujeres constituyen hoy una referencia útil. Rolf Tarrach se resistió a comentar la experiencia de creación en el CSIC de un grupo de discusión sobre el problema de las mujeres en este organismo público de investigación, pero las reflexiones que hace en voz alta para esta ocasión nos permiten acceder a su visión del mundo, que es la de un físico respetado y en aquel momento responsable de la política científica en el CSIC, y que ha introducido el factor sexo como dato relevante a la hora de hablar del personal científico.

A menudo se nos remite al tema sobre la asunción de responsabilidades crecientes en nuestros respectivos lugares de trabajo, responsabilidades que atañen no sólo a nuestros propios estudios sobre el asunto de las mujeres y las ciencias, sobre el feminismo aplicado a este dominio de producción del saber, sino al de asumir un mayor protagonismo en la autoridad científica, de los colectivos de mujeres de ciencias e ingenierías en la toma de decisiones. Las mujeres no deberíamos aparecer camufladas, estrategia que, como comenta Margarita Artal en su artículo, parece ser común entre las jóvenes estudiantes en las escuelas politécnicas. Lo que el conjunto de contribuciones a este número de *QUARK* propone es la superación de las dicotomías, y las posibilidades que parecen haberse abierto a otros modos de estudiar, de trabajar, de gestionar, de aprender y de producir conocimiento.

A todo lo anterior se añade el factor emocional. Hablamos de nosotras y nos exigimos y se nos exige tomar una cierta distancia respecto a problemas que nos atañen de forma directa y cotidiana. Es una distancia que muchos de nuestros dirigentes no parecen haber

tomado, pues los estudios históricos, sociales y del desarrollo de la epidemiología, y en general de la salud de las personas, sugieren que desde los orígenes de las civilizaciones que conocemos mejor, las occidentales, los hombres han trabajado por legitimar su autoridad y acrecentarla dotándola de retóricas de aparente neutralidad. Como otras dicotomías tradicionales –entre ellas las que muestra Mary Douglas (1986, *How Institutions Think*): el norte y el sur, los siento a la derecha y a la izquierda del rey–, la referente a la segregación entre hombres y mujeres, como la de dentro *versus* fuera del hogar, son algunos de los retos que podemos afrontar con encuentros como este. Por ello, se puede reiterar, para terminar, que el agradecimiento al Ayuntamiento de Barcelona por esta iniciativa es aún mayor una vez reflexionamos sobre las conclusiones. Como dijo Montserrat Cervera durante el Congreso, hemos podido compartir intereses, preocupaciones y perspectivas sobre la presencia de las mujeres en diversos espacios sociales y del pensamiento; porque hablamos de lo que nos une y también de lo que nos separa, con el fin, precisamente, de contribuir a superar dicotomías tradicionales que tantas desigualdades han generado y siguen generando. Al ser conscientes de los problemas que nuestras ambiciones sociales –colectivas– y profesionales e intelectuales –en ocasiones, personales pero colectivas también– producen, asumimos lo que Ludolfo Paramio (en *Tras el diluvio*, Madrid, Siglo XXI España Eds., 1998) ha denominado el *derecho a la infelicidad* de aquellas que hemos optado por la profesionalización y por contribuir a muy variados dominios de la actividad social. Porque los problemas que todo ello genera forman parte de nuestro propio trabajo, inmerso en una sociedad cuyas barreras no son exclusivas de la discriminación por sexo, pero constituyen una de las bases principales sobre las que se asientan valores sociales y autoridad.

### **Agradecimientos**

Deseo agradecer al Ayuntamiento de Barcelona, a sus concejalías de Mujer, Educación y Ciudad del Conocimiento; a mis compañeros en la organización del Congreso Mujeres y hombres: salud, ciencia y tecnología (Gemma Revuelta, Izabella Rohlf, Margarita Artal, Vladimir de Semir y Antoni Gelonch –representante activo del patrocinio de Merck, Sharp & Dohme–) la convocatoria del mismo congreso y la coordinación de este monográfico de la revista *QUARK*.

### **María Jesús Santesmases**

Doctora en Química e investigadora de la Unidad de Políticas Comparadas del CSIC. Ha dedicado sus últimos años a realizar diversos estudios dentro de la historia de la ciencia, especialmente sobre ciencias biomédicas y análisis de la política científica. Ha publicado artículos en revistas de difusión internacional y algunos libros: *Mujeres científicas en España: profesionalización y modernización social* (Instituto de la Mujer, 2000); *Entre Cajal y Ochoa: ciencias biomédicas en la España de Franco* (CSIC, 2001) y es coeditora, con Valentina Fernández-Vargas, del monográfico *Ciencia y tecnología en el CSIC: una visión de género* (revista *Arbor* 2002).

[mjsantesmases@iesam.csic.es](mailto:mjsantesmases@iesam.csic.es)